

Heinrich Heine (1797-1856)

Si de noche en Alemania pienso yo...

Era judío, de una familia acomodada del Düsseldorf que le vio nacer el 13 de diciembre de 1797. Estudió en Berlín, donde se relacionó con Schlegel, Hegel y E.T.A. Hoffmann. Visitó a Goethe en Weimar. Se convirtió al protestantismo. Fue corresponsal de un diario de Augsburgo en París, ciudad donde conoció y trató a Víctor Hugo, Balzac y George Sand. Colaboró en los *Anales franco-alemanes* de su compatriota Karl Marx. Desde 1848 vivió enterrado “en un mausoleo de colchones”, a consecuencia de una dolencia que afectaba a su médula espinal. Y acabarían sus días en ese París que tanto amó y donde reposa *per omnia saecula saeculorum*, en el cementerio de Montmartre, en la misma calle —pero al lado opuesto— que François Truffaut.

Desde Hölderlin, y hasta Rilke, no se ha escrito una poesía tan bella como la suya en el idioma de Goethe, quien tampoco lo hacía mal: uno que otro de los mejores poemas del olímpico de Weimar, Gingo Biloba por ejemplo, pudiera haber sido firmado por el propio Heine, cuya lírica sirvió de inspiración para algunos de los más hermosos *Lieder* compuestos por Schubert, Schumann y Mendelssohn. Y por si no bastara, le cabe la gloria de haber sido uno de los



Ricardo Bada

pocos poetas modernos creadores de un mito, el de la Loreley. Incluso la mayoría de los alemanes sigue creyendo que la sirena recostada en una roca y asomada a las aguas del Rhin, y que con su canto hechizaba a los marineros y hacía que sus embarcaciones zozobraran en los bajíos de esa roca —blanco infalible de todas las cámaras de todos los turistas japoneses que pasan por allí—, es una leyenda popular, cuando en realidad se trata de una invención de Heine.

Los versos iniciales de ese poema (“Ich weiss nicht, was soll es bedeuten, / dass ich so traurig bin”, “No sé lo que puede significar que esté tan triste”) forman parte del acervo popular en el habla alemana, así como otros dos versos altamente significativos de su *Cuento de hadas invernal*: “Denke ich an Deutschland in der Nacht, / dann bin ich um den Schlaf gebracht”, que pueden traducirse así: “Si de noche en Alemania pienso yo, / el sueño desde luego se fregó”... para usar un verbo suave y que no comience con “j”.

No quisiera dejar de mencionar un aspecto de esta obra cimera del espíritu europeo y universal. Me refiero a la ironía. Pocos han poseído en tan alto grado la capacidad de valerse de ese arma para develar el sentido de la vida. Siendo corresponsal en Londres, un buen día, detenido por la visión de un cuadro en una galería de arte, Heine de pronto reflexiona. El cuadro muestra al ejército napoleónico en su desastrosa retirada de Rusia, atravesando en noviembre de 1812 el puente sobre el río Berezina. Y de la contemplación del cuadro, la mirada de Heine se vuelve hacia la calle londinense que él transita. Merece la pena que les traduzca el párrafo completo.

Le parece a este excepcional observador...

[...] como si todo Londres fuese un puente sobre el Berezina, donde todos quieren meterse a toda costa, guiados por un miedo demencial, el de salvar los restos de sus vidas; donde el jinete arrogante arrolla al pobre transeúnte; donde quien cae al suelo allí se queda para siempre; donde los mejores camaradas se apresuran indiferentes sobre los cadáveres de los otros; y los miles que sangrando y extenuados hasta la muerte quieren agarrarse en vano a las tablas del puente, se precipitan en la mortal fosa helada.

Pronto hará casi dos siglos que en aquel Londres febril del XIX, la palabra de Heine estaba describiendo la vida insolidaria y homicida de las megalópolis del siglo XXI.

Acá siguen, ahora, una media docena de las aproximaciones que he osado hacer, en nuestro idioma, a la obra de uno de los poetas señeros del idioma alemán, y de la literatura universal. Me movió a ello el hecho de que Heine no ha tenido mucha fortuna en nuestro idioma, si descontamos su rastreable influencia en las *Rimas* de Bécquer. Pero su propio vino, casi siempre, por no decir siempre, al ser vertido en nuestros odres, se convirtió en vinagre durante el trasvase. Y en un caso concreto, para más inri, con el aval de un gran amante de su obra.

En el prólogo a *Alemania, cuento de invierno, y otras poesías*,¹ y después de dedicarle a su autor todas las loas posibles, Borges perpetra estas palabras:

En este libro, que tengo la alegría de prologar, oímos en castellano la voz de Heine. La empresa es ardua, ya que el alemán y el castellano son tan distintos. A priori se diría que es imposible. Mi amigo Alfredo Bauer lo ha logrado. Su

traducción es fiel al sentido y fiel a la forma. No pensamos, al recorrerla, en las equivalencias que proponen los diccionarios, pensamos que ha surgido en castellano, directamente.

Ay... las dos palabras claves de este prólogo son “mi amigo”. Porque ese juicio sobre la traducción de Alfredo Bauer es casi un insulto a Heine. Basta leer unos versos famosos del primer capítulo del libro (“Ein neues Lied, ein besseres Lied, / O Freunde, will ich euch dichten: / Wir wollen hier auf Erden schon / Das Himmelreich errichten”) y contrastrarlos con la versión panegirizada por Borges:

Un canto nuevo, un canto mejor,
cantaré con vuestro permiso.
Queremos aquí en la Tierra ya
construir el paraíso.

Hasta a Borges debería habersele atragantado ese “permiso”, que es un vergonzoso ripio para rimar con “paraíso”. ¿Es posible que Borges haya tenido tan mal oído y pensara seriamente que así sonaría en nuestro idioma la poesía de Heine? Pues lo cierto es que no hay que esforzarse mucho para traducir esos cuatro versos de manera harto más fiel y aseada, como lo hace Jesús Munárriz:²

Una canción nueva y mejor,
amigos, quiero componeros.
Aquí en la tierra queremos fundar
nosotros el reino de los cielos.

Y si uno echa por la borda todos los prejuicios en materia métrica, dadas las diferencias entre los dos idiomas, que hasta Borges reconoce como hándicap, entonces podemos acercarnos casi con zoom al original.³

Igual pasa con otra famosa cuarteta de la emotiva “Despedida de París” con que se inicia el libro (“Ich sehne mich nach Tabaksqualm,

/ Hofräten und Nachtwächtern, /
Nach Plattdeutsch, Schwarzbrot,
Grobheit sogar, / Nach blonden
Predigerstöchtern”), que en la
traducción tan elogiada por Borges
suena poco más o menos como
un inventario contable (“Anhe-
lo el humo tabacal, / centinelas,
profesores, / pan negro, rudeza,
dialecto hamburgués, / rubias hijas

de predicadores”), aparte de ¿qué
habrá querido decir eso de “anhelo
el humo tabacal”, y por qué el
Plattdeutsch (“bajo alemán”, por
contraste con el Hochdeutsch
“alemán alto”, o culto) se convierte
en dialecto hamburgués?

Y pensar que esa cuarteta tam-
bién podría sonar, en alejandrinos,
bastante más a Heine...

Añoro el aire denso del humo
de cigarros,
a los guardias nocturnos y doctos
profesores,
el dialecto y el pan negro, la grosería
incluso,
y a las rubias⁴ hijas de los
predicadores.

Expongamos, entonces, otras
versiones:

Del Libro de las canciones

Tu mano, amor, ponla en mi corazón...
Ay ¿no oyes cómo late en su rincón?
Lo habita un carpintero sin salud
que me está construyendo el ataúd.
Noche y día golpea sin cesar;
el sueño me ha robado, el reposar.
Ay date prisa, maese carpintero,
que muy pronto dormir, descansar quiero.

Queremos ya aquí en la Tierra
edificar el reino de los cielos.

Del Romanzero

Enfant Perdu

Puesto perdido en pos de libertad
mantuve treinta años lealmente.
Luché sin esperanza de ganar,
sabiendo que no volvería indemne.

De Melodías hebreas

Quién tiene razón no sé,
mas si mi pálpito atina,
son el rabino y el monje
parejos en su hedentina.

De Lamentaciones

Fortuna es moza fenicia,
quedarse no le gusta en un lugar;
el pelo de la frente te acaricia,
te besa apresurada, echa a volar.
En cambio Doña Desgracia
te ciñe con su abrazo como un fleje,
dice que prisa es falacia,
junto a tu cama se sienta, y teje. □

De Alemania: un cuento de hadas invernal

A una canción nueva, una canción mejor,
¡oh amigos! le dedico mis desvelos.

Ricardo Bada (España)

Reside en Alemania desde 1963.
Autor de *Basura cuidadosamente*
seleccionada (poemas, 1994) y *Los me-
jores fandangos de la lengua castellana*
(parodias, 2000). Editó en ese país la

obra periodística de García Márquez
y los libros de viaje de C. J. Cela; en
España la obra poética de Ana Istarú;
y en Bolivia la única antología integral
en castellano de Böll (*Don Enrique*).

Notas

1 Buenos Aires: Leviatán, 1984.

2 Alemania, un cuento de invierno. Madrid:
Hiperión, 2001

3 Entre los poemas del final de este
ensayo, puede verse mi propia versión.

4 Nótese la diéresis: es el “touch Heine”
de la traducción.